

## INTRODUCCIÓN

En 1469, Isabel de Castilla contrajo matrimonio con el rey Fernando de Aragón, lo que supuso la unión de sus reinos. La mayor ambición de ambos era unir al resto de los reinos de la península y gobernarlos como un único país. Eran muy devotos, y querían que todos sus súbditos profesaran la fe católica, una misión que cumplieron armados con el fuego y la espada.

La Santa Inquisición (1232-1820) fue una institución fundada por la Iglesia católica, cuya misión consistía en descubrir herejes y acabar con ellos. Durante el reinado de Isabel y Fernando, los agentes de la Inquisición (algunos sacerdotes, apoyados por soldados, hermanos en la fe) colaboraban con los funcionarios reales, no siempre de buen talante, para perseguir a los herejes. En España, bajo el régimen del inquisidor general Tomás de Torquemada, la Inquisición fue particularmente activa. Se recurrió a la tortura durante los interrogatorios a los acusados, y se dictaron castigos extremos, incluido el de morir en la hoguera, a quien fuese hallado culpable, sobre todo aquellos que, tras abrazar la fe católica, hubiesen recuperado las prácticas de su antigua religión.

En el año 1490, el marino y explorador Cristóbal Colón apeló a los monarcas españoles en busca de patrocinio para su ambicioso plan de cruzar el océano Atlántico. En esa época, la mayoría de los territorios peninsulares habían sido recuperados de manos de los moros, a excepción del reino de Granada. Los ejércitos de la reina Isabel y el rey Fernando se reunían con miras a asediar la población de Granada y capturar el hermoso palacio musulmán de la Alhambra.

Entre tanto, los agentes de la Inquisición proseguían su labor por todo el reino de Castilla y Aragón...



## PRÓLOGO

*Reino de Castilla y Aragón, 1492*

Rogó que le dieran una cruz a la que poder aferrarse, pero se la negaron.

Le habían atado el cuerpo con gruesas cuerdas al poste central de la hoguera. Tenía libres los brazos y las manos, que juntó. Formó una cruz con el pulgar derecho y el índice izquierdo y la rozó con los labios, antes de gritar:

—¡En nombre de Jesucristo, que murió por nuestros pecados!

Las llamas se alzaron a su alrededor.

¿Sería cierto que en algunos casos humedecían la leña para que el condenado ardiese más lentamente? El humo ocultó su cuerpo, la silueta era una sombra retorcida de dolor entre las llamas.

Aunque no era visible, se oían sus gritos.

—¡Abjura! ¡Abjura! —la conminaba el gentío.

—¡Dejadla morir, por el amor de Dios! ¡Dejadla morir! —gritó un hombre joven.

En ocasiones, un verdugo agarrotaba al hereje antes de que las llamas lo alcanzaran. Pero en su caso no tuvieron piedad.

Los gritos perdieron fuerza, sustituidos por algo peor: un parloteo agonizante, pronunciado con voz rota.

El joven inclinó la cabeza, sollozando, llevándose las manos a las orejas.

El hedor a carne quemada flotó en la plaza durante horas.



PRIMERA PARTE

# Una ejecución

*Verano de 1490*

*Las Conchas, un pequeño puerto andaluz,  
situado al sur de la península.*



# 1

## ZARITA

No vimos al hombre que nos siguió.

En el verano de 1490, antes de que la Santa Inquisición sembrara el terror y la sospecha en nuestra población, nunca miraba constantemente a mi alrededor. Después de todo yo era Zarita, hija de un juez rico y poderoso, y podía ir a donde quisiera. Y aquel día del mes de agosto, tan caluroso que incluso los gatos se habían puesto a cubierto del sol, en busca de la frescura que pudieran hallar en la sombra, me escoltaba Ramón Salazar, un noble joven y atractivo que me había asegurado que era capaz de morir por mi amor.

Ramón paseaba con lentitud a mi lado, ciñendo a la cintura su nueva espada toledana, mientras recorríamos una calle de tierra del puerto antiguo. Se tomaba muy seriamente su papel de protector, arrugando el entrecejo y mirando con severidad a todos los viandantes. Nos encontrábamos allí porque tenía intención de visitar el altar de Nuestra Señora de los Dolores, situado en una iglesia cercana al mar. Con dieciséis años, Ramón tan sólo era un año mayor que yo y nunca había tomado parte en un duelo, a pesar de lo cual caminaba a mi lado como un soldado veterano.

Ramón se quedó junto a la entrada mientras yo me dirigía al altar. Quería pedir a la Virgen que intercediera por las vidas de mi madre y el bebé que acababa de alumbrar con tanta sangre y dolor. Mis ojos tardaron unos minutos en acostumbrarse a la oscuridad.

No reparé en la existencia de una puerta lateral abierta, ni en la sombra apostada tras ella.

El hombre aguardaba a oscuras, atento mientras yo caminaba hacia la estatua de la Virgen. Esperó tras la columna a que levantara mi velo, encendiera una vela y me arrodillara para rezar.

Entonces, en el instante en que abrí la bolsa para sacar el dinero de la ofrenda, se abalanzó sobre mí.



## 2

### ZARITA

—Joven dama, os lo ruego, dadme una moneda.

—¿Qué? —Me levanté, asustada. Era un hombre corpulento, con los ojos enormes, castaños, casi negros, y un rostro cadavérico y ceniciento con barba de días.

—Necesito dinero —dijo—. Llevo fuera toda la mañana, pero no me ha servido de nada. No puedo volver a casa, donde me esperan mi esposa y mi hijo con las manos vacías. —Extendió la mano, la palma vuelta hacia arriba.

De pronto caí en la cuenta de que me encontraba a solas en la solitaria iglesia con ese rufián. Retrocedí un paso, al tiempo que me cubría el rostro con el velo.

Él se me acercó aún más. Tenía la boca abierta, lo que me permitió ver que le faltaban algunos dientes. Los que conservaba los tenía ennegrecidos. Despedía un olor nauseabundo. Me rozó la mano.

Lancé un grito.

Ramón llegó corriendo por la nave lateral, procedente de la puerta.

—Mi hijo está hambriento, y mi mujer está enferma. Necesita un remedio. Con una moneda podría comprarle algo con lo que mejorar su estado de salud —prosiguió el hombre.

Pero no presté atención a sus súplicas. Me repugnaron su hedor y el roce de los dedos de piel cuarteada y uñas rotas. Que un campesino llegase hasta el punto de pretender aferrar la mano de una dama de mi posición era un ultraje.

—¡Me ha tocado! —grité—. ¡Este hombre ha osado tocarme!

Ramón me miró horrorizado. Se puso rojo de ira.

—¿Has osado asaltar a esta mujer? —gritó al mendigo.

—¡No... no! —balbuceó el hombre, con expresión confundida—.

Tan sólo pedía una moneda. —Me miró como esperando que confirmara sus palabras.

—¡Y por ello morirás! —exclamó Ramón, que intentó desenvainar la espada. Sin embargo, no tenía la práctica necesaria para que el movimiento fuese fluido y se trabó con la capa, momento en que lanzó un juramento y desnudó la daga del cinto.

El pordiosero se dio la vuelta y echó a correr hacia la puerta lateral.

Ramón emprendió la persecución, mientras yo, aterrorizada al verme de nuevo sola, levanté el borde del vestido y corrí en pos de ambos.

# 3

## SAULO

Había visto a mi padre entrando en la iglesia por la puerta lateral.

Me mordí el labio, avergonzado al comprender que era demasiado humilde para atreverse a entrar por la puerta principal. Ignoraba mi presencia allí, no sabía que llevaba cerca de una hora siguiéndole mientras recorría la población, mendigando. Le habría humillado aún más saber que su hijo había visto cómo lo maltrataba la gente. Un noble llegó incluso a darle un empujón y escupir en la calle al pasar por su lado.

Me creía con mi madre, sentado junto al camastro de paja donde yacía tumbada, incapaz de moverse, aquejada por la enfermedad que se había abatido sobre ella semanas atrás. Se suponía que no debía apartarme de su lado y que debía intentar mantenerla en silencio, porque la noche anterior había empezado a hablar en una lengua que yo no conocía. Cuando esto sucedió, mi padre se puso muy nervioso e intentó acallarla para evitar que los vecinos pudiesen oírla hablar en aquella lengua extranjera. Luego le acarició la cabeza, murmurándole, recitándole un poema al oído. Eso la tranquilizó. Cuando le pregunté qué era lo que decía, mi padre respondió que hablaba la lengua de los ángeles. Pero reconocí la expresión de su rostro, pues no era la primera vez que la veía. La había visto en otros lugares donde habíamos vivido, cuando llegaba el momento de marcharse a otra parte. Era la expresión del animal perseguido cuando huele el peligro.

Llevábamos toda la vida viajando de pueblo en pueblo. En ese momento no pensaba mucho en qué razón podía haber para llevar esa vida. Nunca teníamos dinero suficiente. Lo poco que teníamos lo destinaba mi padre a comprar los remedios para mi madre, porque ella siempre estaba delicada de salud, y a menudo uno de nosotros

tenía que quedarse en casa para cuidarla. Pasábamos el tiempo buscando comida, y eso era lo que en ese momento me ocupaba la mente. Sabía que yo era mejor mendigo que mi padre. Se habría llevado un buen disgusto si hubiera llegado a enterarse de que en ocasiones recurría a la mendicidad para ganarme el pan. Pero lo había hecho antes, aprovechándome del hecho de parecer mucho más joven de lo que era. Cuando no conseguíamos trabajo, yo me postraba en un portal hasta que veía a una rica señora acercarse, momento en que me echaba a lloriquear con patetismo.

Pero sentado a la sombra de un árbol, en la plaza que había frente a la iglesia, en aquella bochornosa mañana de verano, esperaba que mi padre tuviese éxito. Antes de marcharse por la mañana, me había pedido que cuidara de mi madre, pero yo le había desobedecido. Mi madre estaba dormida, de modo que me dispuse a seguirle, mientras él seguía a su vez a una dama joven bien vestida, que caminaba del brazo de su acompañante. Supuse entonces, igual que debió de hacerlo él, que si alguien como ella paseaba por esa zona sólo podía hacerlo con un destino en mente: se dirigía al altar de la Virgen María, que se encontraba dentro de la iglesia que mira al mar. Y si esa joven visitaba la iglesia para rezar en un día que no era preceptivo, entonces era probable que fuese muy devota y se apiadara de mi padre. Debía de tener mi edad, más o menos, llevaba el largo pelo negro rizado, contenido como buenamente podía con una peñeta de carey. De vez en cuando, el joven noble que la acompañaba se volvía hacia ella con una sonrisa en los labios, al tiempo que extendía la mano para rozarle el cabello. Parecía una dama decente, y se cubría el rostro con un velo, tenía clase y era devota. Había acudido a esa zona humilde de la población para visitar el altar, por tanto debía de pretender un favor especial, albergaba una pena o tenía una petición propia.

«Prestará atención a mi padre, tal como espera que su Dios atienda sus palabras», pensé.

Pero me equivoqué.

# 4

## SAULO

La puerta lateral de la iglesia se abrió de par en par, y mi padre salió corriendo por ella. Miró en dirección a la parte trasera del edificio, bordeada por un muro que se alzaba sobre el precipicio. No había escapatoria posible. Se volvió y echó a correr hacia la parte delantera.

Percibí entonces el peligro y me levanté.

La puerta de la iglesia volvió a abrirse y el joven noble que había escoltado a la dama se recortó en el umbral, seguido de cerca por la propia muchacha, que corría sujetándose la falda para no tropezar.

El joven persiguió a mi padre, a quien gritó:

—¡Asesino! ¡Ladrón! ¡Asesino!

Había pocas personas en los alrededores, pero quienes transitaban la plaza detuvieron el paso para contemplar la escena.

Hice un gesto con la mano. Pensé que mi padre me había visto, pero se alejó hacia la derecha, en dirección a la escalera que descendía al mar.

El corazón me latía con fuerza. ¡No! Por ahí se bajaba a la playa, el agua le bloquearía el paso.

Llegado al primer peldaño, el noble lo alcanzó, lanzándose a fondo con la daga.

—¡Ramón! —gritó la joven—. ¡Tened cuidado!

Mi padre no iba armado. Apartó de un empujón al tal Ramón, que cayó al suelo. La fuerza del empujón hizo que él también cayera de espaldas y rodase escalera abajo.

Eché a correr hacia ellos, acompañado por el resto de los presentes.

Abajo, mi padre se levantó tras la caída. Le habrían bastado unos

segundos más para salir airoso del lance. Podría, tal vez, haber encontrado un camino que llevase por la pared del acantilado, o una callejuela en el muelle, que es por donde se acercaba un grupo de soldados. Desde lo alto de la escalera, su perseguidor, Ramón, voceó al teniente al mando.

—¡Arrestad a ese hombre! ¡Ha intentado matarme, después de atacar a una dama dentro de la iglesia!

Los soldados persiguieron a mi padre, lo alcanzaron y, después de propinarle golpes y patadas, lo llevaron escalera arriba para encararlo al joven noble, Ramón.

—¡Llevadlo en presencia del padre de la dama! —El noble tenía el rostro rojo de ira—. Es don Vicente Alonso Carbazón, el juez.

Arrastraron a mi padre por las calles hasta alcanzar la casa del juez. Una vez allí, lo empujaron dentro a golpes. Corrí tras ellos, incapaz de pensar con claridad en lo que estaba pasando, tan rápido sucedía todo. En el camino se reunió más gente para seguir a los soldados y presenciar el espectáculo. Al cabo, nos vimos todos amontonados ante las puertas de la casa del juez.

La joven fue a abrazar a su padre cuando éste acudió. Hizo ademán de quitarse el velo, pero él se lo impidió. No llevaba puesta la túnica, ni atados los cordones del pecho de la camisa. Tenía el cabello revuelto y le tembló el cuerpo al hablar.

—¿A qué viene este ruido que me molesta cuando más necesito disfrutar de un poco de paz? —preguntó, furioso. Levantó una mano—. ¡Silencio! —rugió antes de señalar al joven noble—. Vos, Ramón Salazar, contadme qué está pasando aquí.

—Vuestra merced don Vicente, este mendigo asaltó de un modo atroz a vuestra hija en la iglesia. Y cuando me dispuse a impedirlo, intentó asesinarme.

Don Vicente dio un paso al frente y descargó un puñetazo en la cara a mi padre, que cayó al suelo, escupiendo sangre y algún que otro diente en la tierra roja que cubría el patio.

—Ilustre señor —intentó decir mi padre—. Excelentísimo don...

Pero don Vicente le propinó una patada en la cabeza.

—Silencio, gusano —le espetó—. Si no tuviera que atender asuntos de mayor urgencia, te juzgaría aquí mismo y ejecutaría la sentencia sin más.

—Estamos en guerra —intervino el teniente que estaba a cargo de los soldados—. La reina Isabel de Castilla y su marido, el rey Fernando de Aragón, han proclamado que no tolerarán muestra alguna de desórdenes civiles mientras duren sus esfuerzos por reunificar todos nuestros territorios, hasta que los reinos de Castilla y Aragón se conviertan en una única nación junto a los demás reinos peninsulares. Un juez puede ordenar que un oficial del ejército ejecute a un traidor sin necesidad de celebrar juicio alguno. Y todo aquel que ose agredir a un noble en una iglesia merece ser acusado de traición. —Señaló un árbol cercano en el patio de la propiedad—. Ahorquémoslo, pues, y pongamos fin a este asunto.

—Hacedlo —convino don Vicente, que giró sobre los talones, dispuesto a entrar de nuevo en la casa—. Ah, y dispersad a toda esa gentuza que se agolpa a mis puertas.

—¡Padre! —grité cuando los soldados se dispusieron a cerrar las pesadas puertas de madera que daban al interior.

Intenté abrimme paso, pero mantuvieron a todo el mundo apartado a golpe de hoja. Golpeé la superficie de madera, pero no cedió un ápice. Cuando oí que echaban el cerrojo, me alejé corriendo en busca de un punto en el muro al que poder encaramarme. Por fin di con él. Reculé unos pasos para tomar carrerilla, salté y trepé con manos y pies hasta coronar la parte alta. Desde ahí veía el patio. Habían ordenado a un mozo de cuadra que trajese una soga que en ese momento arrojaban a una rama alta del árbol. Mi padre estaba boquiabierto, aterrorizado e incapaz de creerse lo que estaba pasando. La sangre le goteaba del labio.

—¡Padre! —La joven tiraba de la manga de la camisa del juez.

Éste se la sacudió de encima.

—Vuelve dentro —dijo—. Has manchado el honor de nuestra familia.

—¡Padre! —gimió ella, angustiada—. Escuchadme. Este hombre no merece morir.

Pero era demasiado tarde.

Ataron la soga en torno al cuello de mi padre, y los soldados tiraron del extremo para ahorcarlo. Algunos de ellos rieron y bromearon, como si fuera divertido ver a un hombre pataleando con las manos a la garganta mientras se asfixiaba. Pero un soldado, un pelirrojo

fornido, se prestó a colgarse de las piernas de mi padre para ahorrarle la agonía.

Su cuerpo fue presa de un último espasmo violento. Los brazos le cayeron a los costados, y al hacerlo tuve la impresión de que me los extendía un instante para abrazarme. Salté al patio, y eché a correr hacia él, los ojos cubiertos de lágrimas.

—¡Padre! ¡Padre! —grité—. ¡Padre!

Don Vicente detuvo el paso en el umbral de la casa. Me miró de arriba abajo con desdén.

—Tendría que haberlo previsto. Los de su calaña siempre dejan a su paso toda clase de inmundicias. —Las profundas arrugas del rostro le dibujaron una expresión de asco—. ¿Qué mejor que erradicar al padre y a su descendencia? —Dirigió un gesto autoritario a los soldados—. Que el hijo del pordiosero baile al mismo son que su padre.

El teniente llamó la atención del mozo de cuadra.

—Trae otra soga —ordenó.



# 5

## ZARITA

Mi padre, don Vicente Alonso Carbazón, era conocido en nuestra población de Las Conchas por su forma estricta de tratar a los criminales, pero nunca había tenido oportunidad de presenciar el odio gélido de su expresión hasta aquella terrible jornada veraniega.

Alertado por la conmoción, acudió a la puerta de nuestra casa. Después de atender la particular versión de lo sucedido que le ofreció Ramón, le propinó un golpe tan fuerte al pedigüeño en la boca que el rostro del hombre estalló como una granada. El hecho de ver al pobre hombre postrado a sus pies no hizo sino avivar la furia de mi padre. Yo ignoraba que estaba cegado por la pena y que había perdido el dominio de sí.

—Padre. —Puse la mano en su brazo, pero se la sacudió de encima y me ordenó entrar en la casa. Entonces escuché horrorizada la orden de ir en busca de una sogá.

Levanté la vista hacia Ramón para que lo impidiera, pero seguía furioso por la humillación sufrida en la iglesia y por haber tenido que recurrir a los soldados para ayudarlo a apresar a un campesino escuálido. La satisfacción que destilaba me hizo comprender que no tenía sentido apelar a él para detener el rigor de mi padre.

Me refugié con paso inseguro en la casa, mientras los soldados llevaban a cabo la macabra ejecución. Entonces un joven saltó por el muro de la propiedad y echó a correr hacia nosotros, sollozando y lamentándose por lo sucedido a su padre.

Uno de los soldados lo aferró de la pretina de las calzas y lo levantó en el aire.

—¡Otro cuyos ojos servirán de alimento a los cuervos! —anunció entre risas.

Oí que mi padre pronunciaba palabras viles, momento en que ordenó al teniente ahorcar al muchacho junto a su progenitor.

—¡Padre! —Logré llamar su atención—. El muchacho ni siquiera estaba en la iglesia. No tiene nada que ver con esto.

—Estos ladrones rufianes trabajan en grupo —replicó él, y quiso empujarme hacia el interior de la casa—. Eres demasiado joven e inocente, hija mía, para saber tales cosas.

—No es más que un niño. —Tiré de la manga del autor de mis días—. Miradlo. Pensad en vuestro recién nacido.

—¿Qué recién nacido?

Miré boquiabierta a mi padre. Entonces reparé en algo que antes había pasado por alto: no vestía de la forma apropiada y tenía desaseados tanto el pelo como la barba.

—Tu hermano falleció hace media hora —explicó.

—¡Oh, no! —Los ojos se me llenaron de lágrimas. Desde mi nacimiento, mi madre había soportado nueve embarazos, y en todas las ocasiones, a excepción de esta última, había perdido a su hijo. Y ahora el niño había fallecido. De pronto comprendí por qué mi padre no estaba en sus cabales.

—¡Padre! ¡Padre! —Afuera, el muchacho seguía forcejeando, empeñado en tocar el cadáver de su padre, colgado del árbol. Le pusieron la segunda sogá alrededor del cuello y el teniente arrojó el extremo opuesto sobre la misma rama.

—No tardarás en reunirte con él —se burló del joven uno de los soldados, el mismo que tiró de la cuerda hasta alzar al muchacho, que pataleó en el aire igual que había hecho su padre no hacía ni cinco minutos.

Me postré de rodillas delante de mi progenitor.

—Pensad en madre —le rogué—. Es buena y amable conmigo, y no querría que ese muchacho muriera como lo ha hecho su padre.

Él, derrumbado, se llevó ambas manos al rostro.

—Tu madre... —empezó diciendo. Pero fue incapaz de continuar. Los sollozos se lo impidieron.

—¿Qué le pasa? —Se me congeló el aliento en los pulmones—. ¡Madre! Decíme que no le ha pasado nada. Por favor, padre, decíme que vive.

—Vive —respondió él—, pero no por mucho tiempo. —Titubeó

antes de dirigir un gesto al teniente—. Por hoy ya ha habido suficientes muertes en esta casa. Perdonaré la vida del joven, pero encargaos de que lo lleven tan lejos que no volvamos a verlo por aquí.

Los soldados soltaron la cuerda con visible decepción, y el muchacho cayó al suelo, donde permaneció retorciéndose de dolor, boqueando, aturdido pero con vida.

—Vamos a embarcar para unirnos a las huestes de la reina Isabel de Castilla y el rey Fernando de Aragón que asedian Granada —explicó el teniente a mi padre—. Entregaré a esta rata a la primera galera que encontremos en el mar, así podrá servir como esclavo a bordo hasta el fin de sus días.

Mi padre asintió, aunque apenas había prestado atención a sus palabras. Yo pasé por su lado y subí la escalera en dirección al dormitorio de mi madre. Mi tía Beatriz se encontraba arrodillada junto al lecho, con la mano de mi progenitora entre las suyas. Comprendí entonces que agonizaba, porque mi tía era monja de clausura y no abandonaba el convento excepto en las circunstancias más extremas. Como se había retirado el velo de monja, aprecié el parecido que tenía con mi madre, aunque era mucho más joven. Hablaba con su hermana en voz baja, y le decía que sus tribulaciones en la vida no tardarían en concluir, para dar paso al descanso y la recompensa del cielo.

—¡No! —protesté, enérgica—. ¡No digáis eso! Mi madre no puede morir. —Pero reparé en sus mejillas, en las bolsas oscuras que tenía bajo los ojos, y en que cada aliento suponía para ella un esfuerzo terrible.

El párroco local, el padre Andrés, se encontraba al pie de la cama, y quiso ofrecerme unas palabras de consuelo, pero no resultaría tan fácil aplacarme.

—Esta mañana he ido al altar de Nuestra Señora de los Dolores, dispuesta a rezar y hacer una ofrenda para que todo fuera bien. Encendí un cirio y pedí que mi madre se recuperara tras dar a luz. Pero no había nadie en el cielo dispuesto a escucharme. —Estaba enfadada con su Dios, incapaz de tener la piedad necesaria para atender mis ruegos—. ¿De qué me ha servido? —reprendí al párroco—. ¡De nada! ¡No ha servido de nada!

La expresión del padre Andrés acusó la conmoción que le causaron mis palabras, pero me habló con voz suave:

—No deberíais decir esas cosas, Zarita. No está bien cuestionar la voluntad de Dios.

—Zarita, niña, compórtate. Tu madre se muere. Deja que lo haga en paz, acompañada por tus palabras de amor —dijo mi tía Beatriz.

Pero yo sólo podía pensar en mi propia necesidad, mi propio pesar. Me tendí sobre las piernas de mi madre y lloré con amargura.

—¡No me abandonéis, madre! ¡Madre! ¡Madre! ¡No me abandonéis!